práctica carecen de un proyecto real, válido y realizable, quedan tan solo en palabras hueras incapaces de vertebrar acciones de futuro. Son mera apariencia con devastadoras consecuencias.

Antes de cambiar de apartado quiero subrayar una vez más que la felicidad concebida en relación con Dios no es sólo verdad que el hombre pueda conocer por Revelación. La filosofía nos lo ha ido mostrando con tanta fuerza como está presente también en otras formas de sabiduría humana. Ya Confucio sostuvo que: "Solo hay dos caminos: la benevolencia o el egoísmo" y que: "Si no se respeta lo Sagrado, no hay nada sobre lo que se pueda edificar una conducta".

Cuanto llevamos estudiado nos muestra que la persona es una realidad ética. Para el hombre, la ética es el arte de vivir caminando hacia la plenitud de modo libre y responsable. La ética es respuesta, responsabilidad, desde la libertad a la vocación de nuestro ser en el que los demás y Dios son centrales. La ética no es un conjunto de normas sistemáticas y externas, es mucho más, es la radical forma en que la persona se realiza en cuanto tal. Corresponde a la Filosofía moral o Ética, el estudio concreto de las fuentes de la moralidad y los criterios objetivos y válidos para orientar la acción de la persona. La Antropología aporta a la Ética fundamento con su estudio de la dignidad personal, la libertad, la vocación del hombre y la naturaleza humana, que constituyen la dimensión moral de la persona.

II. El hombre ante la enfermedad y el sufrimiento

Pero aun sosteniendo un proyecto de felicidad en que Dios juega un papel central, el hombre se encuentra con dos graves obstáculos: el dolor y el mal. Reflexionemos ahora sobre el primero. ¿Qué es el mal físico? ¿De dónde viene el dolor? ¿Qué papel juega?

La presencia del mal que nos afecta causando dolor y sufrimiento parece interrumpir y convertir en inviable el deseo de felicidad. El dolor hace acto de presencia antes o después en la vida de todos y cada uno. La cultura bíblica pone voz a este hecho por boca de Job: "El hombre, nacido de mujer, corto de días y harto de tormentos"[73], momento de juicio pesimista que Schopenhauer convierte en constitutivo metafísico pues: "toda vida *es* dolor"[74]. El dolor físico aparece porque somos vivientes en la materia; pero, además —como seres de carne— estamos esencialmente abiertos a que nos afecte el dolor psíquico y el sufrimiento moral.

Las líneas que siguen quieren ser leídas desde la consciencia de que en el fondo hay un misterio inefable en el sufrimiento humano que sólo vislumbra una vía de senti-

73. Job 14,1
74. A. SCHOPENHAUER, *El mundo como voluntad y representación* (Ateneo, Buenos Aires 1956) 56.

do plenificante desde Cristo. No todo puede explicarse filosóficamente sobre el dolor, la razón debe modular su sonido en voz tenue y temblorosa, pero con esa voz sí pueden decirse —desde el respeto más hondo a quien sufre— algunas líneas racionales que ayudan a afrontarlo, a pensarlo y que apuntan lo bien que cuadra la oferta cristiana de Jesús muerto y resucitado con el misterio que se abre donde la reflexión filosófica queda exangüe. Respuesta teológica que conserva en sí la luz y la sombra del misterio.

La persona humana es un ser expuesto al dolor: *homo patiens*

La carne que somos implica la actividad de pasiones y sentimientos, tendencias y afecciones, que nos exponen a las demás realidades, mostrando nuestra fragilidad. Recordemos que, entre nuestras tendencias básicas, la concupiscencia nos mueve mediante el principio del placer y el dolor, de modo que así podamos sobrevivir y realizarnos pues el dolor nos empuja a alejarnos y protegernos del mal. Sí, biológicamente el dolor tiene un papel: si mi muela no me doliese, cuando me diese cuenta del daño mi dentista estaría feliz pues tendría que reconstruir toda la boca, con la consiguiente factura; mejor que me duela pronto para arreglarla antes de que vaya a más. El dolor físico es una señal de alarma para cuidar algo.

Pero como seres de carne no sufrimos solo a consecuencia de los males físicos y psicológicos, también somos pasibles mediante el sufrimiento moral: ante un fracaso, ante una relación que no funciona, ante las heridas afectivas, un proyecto truncado, etc. Este dolor no es predecible pues la vida tiene un componente de improvisación, de contingencia: el mismo viento que empuja un velero hacia su destino puede alejar a un náufrago de la costa (Yepes).

Experiencia del dolor: el dolor es personal, intransferible y afecta a toda la persona.

El dolor afecta a la persona en su unidad, 'me' duele el brazo, decimos (no se duele el brazo y me lo cuenta). El dolor se experimenta en diversos niveles: exterior (más sensible), interior (psíquico), hasta llegar al desgarro íntimo, como cuando decimos que "me duele el alma". Además, las personas tenemos distintos niveles de tolerancia al dolor, por eso no se puede comparar entre sí con rigor el dolor de dos personas. Por la unidad de la persona hay una circularidad entre el dolor psíquico y el dolor físico. El dolor puede tener su causa en la privación de la salud física, en la psíquica o en ambas la vez, se sea consciente o no; y también puede reflejarse lo psíquico en lo físico y viceversa. El sufrimiento moral también interactúa con el nivel orgánico y psíquico. Todo esto hace de cada dolor una realidad única e irrepetible —la espiritualidad cristiana no generaliza el dolor, no lo despersonaliza, es de las pocas sabidurías, por no decir la única, que tiene en cuenta esta verdad del dolor (Regamay) e invita a vivirlo uniéndolo a Cristo, completando en los miembros la Pasión del que es Cabeza del cuerpo—. Es verdad que podemos acompañarnos unos a otros en los momentos de dolor, intentar cuidarnos, curarnos, etc… pero el dolor es intransferible. Yo no puedo tomar el dolor de otro y quitarle así el suyo, por más que le alivie mi presencia a su lado y por más que su dolor me apene, y por más que desee yo sufrir en su lugar por amor.

El dolor físico se intenta combatir con la medicina, el psicológico con diversos métodos y vías terapéuticas. Pero la técnica no puede eliminarlos absolutamente, antes o después, salvo que muramos, aparece un componente de sufrimiento menor o mayor que nos acompaña en la vida. Nuestra temporalidad conlleva el deterioro de nuestro organismo y más pronto o más tarde, con mayor o menos intensidad, salvo una muerte repentina, la enfermedad y la limitación física entran en nuestra vida. Además, el sufrimiento moral no se soluciona con la medicina ni la psiquiatría, requiere ante todo de la vivencia religiosa y de la interpersonalidad.

Reacciones ante el dolor

Ante la presencia del dolor en su vida los hombres reaccionan y lo teorizan de diversos modos para intentar hacerse cargo de él o eliminarlo. Estas son algunas de las propuestas dadas en la historia del pensamiento ante el dolor:

1. Es el **destino** de un viaje a ninguna parte, esta es la visión negativa y pesimista que cierra toda vía a la esperanza y que lleva a vivir el dolor como carga inevitable, sin posibilidad alguna de entender nada en él, un dolor que es ciego y cegador. Instala a la persona en la inacción y la tristeza.

2. El **materialismo** del *homo faber*, tanto el del marxismo como el del capitalismo, reacciona contra el dolor con su única herramienta: aplicar técnicas para abolirlo. Pero, cuando no puede, cae en el vacío. En ningún momento es capaz de descubrir o aportar sentido a la vivencia del dolor.

3. Los **estoicos**, afirman la fuerza de la naturaleza ante la que el hombre puede doblegarse voluntariamente aliviando algo la carga. Para la Estoa el destino guía al que lo acepta y arrastra al que lo rechaza. La vida queda sumergida de nuevo en el pesimismo, es siempre tragedia, no hay final feliz.

4. El **Budismo** se propone anular el deseo para acabar con el dolor. De nuevo el dolor aparece cerrado a cualquier luz dadora de sentido y el hombre debe diluir su vitalidad para apagar el sufrimiento.

5. La ***New Age*** propone superar el dolor mediante un salto de nivel de consciencia, mediante la gnosis que permite no sentir el dolor por alcanzar una armonía superior de tipo holista. Es la postura más cruel, pues cuando el iniciado en la



nueva consciencia es atacado por la enfermedad no le queda otra salida que pensar que la culpa del dolor es suya pues no ha logrado el nivel de gnosis adecuado, encerrando al paciente en un círculo vicioso de fracaso y de autosuficiencia impotente.

6. ***Bíblica***: la Revelación propone una solución ético religiosa: Dios abraza el dolor de todos y cada uno dentro de sí en Cristo, venciendo al final la vida al dolor y la muerte. Desde él el hombre puede vivir su dolor dotándole de sentido.

Ante el dolor muchas filosofías quedan, pues, mudas mostrando su insuficiencia. Hoy nos encontramos viviendo, como señala K. Lorenz, una cultura infantilizada que solo quiere el lado plácido de la vida. Nuestra sociedad solo quiere abolir el sufrimiento, por eso cuando llega al límite y no puede hacer más contra el dolor es una sociedad que ya no tiene nada que decir, deja a la persona sola y abandonada. En una sociedad así el planteamiento de la eutanasia es lógica consecuencia, es lo único que queda por hacer para acabar con el dolor. ¡Qué distinto a la atención y cuidado del débil que dimana de un dolor vivido con sentido! ¡Cómo se ilumina la relación médico y enfermo!, logrando promocionar el encuentro personal frente a la tecnificación y masificación, siempre atentos al momento ético de dicha relación[75].

Sin embargo, hay más posibilidades para la persona ante el dolor. Es cierto que el dolor puede vivirse desde el victimismo y dramatizarse extremosamente —como los niños cuando exageran un pequeño dolor que no saben medir ni saben cuánto durará—, pero también es cierto que el dolor puede integrarse y aprovecharse. El sufrimiento aceptado ayuda a madurar y a hacerse fuerte. Descubrir y experimentar este papel del dolor supone aceptar el momento dramático de la existencia, más allá del *soft way of life* y la cultura tecnocrática. Es entonces cuando el llanto del hombre se hace llanto auténtico por la ausencia de un bien verdadero, llanto que encuentra remedio en la esperanza dadora de sentido.

V. Frankl lo dice así: "La enfermedad me es dada como una tarea; me encuentro con la responsabilidad de lo que voy a hacer con ella"[76] y si la asumimos vemos que el verdadero resultado del sufrimiento es un proceso de maduración.

Podemos indicar tres escalones en la experiencia del dolor por parte de aquella persona que lo acepta y busca darle sentido, aquí, como en casi todo, la educación es clave para no crear personas que se derrumben ante el dolor:

1. El dolor purifica pues supone una catarsis primera que permite acabar con las ilusiones infantiles de un mundo irreal. Desmontar lo que no es real, lo que es mera fantasía, siempre es bueno. Una persona que viva un mundo imaginario no puede crecer por no poder afrontar su propia verdad. También el fracaso —no alcanzar el objetivo de nuestra acción, o nuestros ideales— es doloroso, pero forma parte de nuestra vida. Quien integra el fracaso con un sano reírse de él aprende a entre el yo que quiere ser, el yo que aparenta ser y el yo que realmente somos, una vez distinguidos podemos atrevernos a ser quien uno realmente es.

75. El conocimiento de la verdad por parte del paciente, la visión personalista y ética de las intervenciones y procedimientos quedan enriquecidas enormemente.

76. V. FRANKL, *El hombre doliente* (Herder, Barcelona 1987) p. 255.

2. Además, el dolor puede conducir a que la persona se eleve, sea más dueña de sí: gane libertad. El dolor eleva al hombre por encima de sí mismo —como describe C. S. Lewis[77]— más allá de sus caprichos y deseos, nos libera de la voluntad insumisa al amor. Y en este sentido nos redime, nos salva de nuestro egoísmo y ceguera. Nos abre a la comprensión del hermano que sufre, a la misericordia y la solidaridad.

3. Por último, podemos vivir el dolor dotándolo de sentido. Esto ocurre solo si puedo sufrir por un algo o por un alguien[78]. Mis sufrimientos son 'convertidos' en medios para hacer felices a las personas amadas. Los motivos para aguantar el dolor son claves: una madre que sufre por su hijo, por ejemplo. El dolor por alguien, por amor, puede alcanzar la vivencia del **sacrificio**, mostrando el poder del amor para llenar el vacío del dolor dando el sentido de la entrega. Así, paradójicamente, el dolor se convierte en ocasión de máxima libertad y realización.



También en el dolor, nuestra finitud y limitación muestran que amar implica exponerse a sufrir, que el sufrimiento es precio del amor. Amar es correr el riesgo de que el mal del amado, o su ausencia o su traición nos hieran. Creo que en este punto hay una verdad más radical que supera nuestra capacidad filosófica y que vislumbramos en ese Dios que en Cristo se ha hecho carne capaz de sufrir por su amor eterno hacia nosotros. Toca al teólogo pensar en la imagen y la semejanza que la amorosidad doliente del hombre refleja.

Desde Cristo existe la posibilidad de dar sentido al dolor que aparece en nuestra vida. Para el creyente la unión con Cristo puede extender el sentido redentor del dolor de la Cruz a todos sus dolores personales. Los griegos veían como necesario, como un *fatum* ante el cuál sólo cabe sobrellevarlo con *ataraxia*. El cristianismo no es así, lucha contra el dolor con todos los medios legítimos disponibles, pero cuando éste aparece con su irremediabilidad no huye hacia el absurdo ni la resignación, pues tiene el poder de darle sentido. Esta oferta es vital para nuestra sociedad. La experiencia del cristiano que sufre manifiesta el poder de un Cristo sufriente que se acerca a él, pero si seguimos esta línea sobrepasamos los límites de la filosofía. Hágalo, continúe esta reflexión, pero sabiendo que es ya reflexión desde y en la fe. Si puede lea *Salvifici Doloris* de Juan Pablo II.

77. C. S. LEWIS, *El problema del dolor* (Rialp, Madrid 1994) p. 114. La película *Tierras de penumbra* aborda el contexto existencial en que surgió esa reflexión: la muerte por cáncer de la persona amada por Lewis.
78. V. FRANKL, *El hombre doliente* (Herder, Barcelona 1987) p. 258.